

HUGO WAST

DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS  
G. DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

# BUENOS AIRES, FUTURA BABILONIA

"Un poco más y la Serpiente, símbolo de nuestro pueblo, cerrará su círculo y envolverá a todas las naciones."

*Protocolos de Sión, Ses. 3<sup>a</sup> 30.*

---

Con palabras demuestran que  
*Los Protocolos de los Sabios  
de Sión* son falsos, pero con  
hechos prueban cada día que  
son verdaderos.

---

HUGO WAST

DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS  
C. DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

BUENOS AIRES,  
FUTURA BABILONIA

“Un poco más y la Serpiente, símbolo de nuestro pueblo, cerrará su círculo y envolverá a todas las naciones.”

*Protocolos de Sión, Ses. 3<sup>a</sup> 30.*

---

20 MILLARES

---

BUENOS AIRES  
EDITORES DE HUGO WAST  
1935

## **BUENOS AIRES, FUTURA BABILONIA**

1. Hace 30 años no había antisemitismo en la Argentina. Primeros antisemitas, los Faraones de Egipto. El antisemitismo no es producto del cristianismo.

Hace muchos años, en mi mocedad, escribí una novelita con el título de *El Judío*, para no recuerdo qué revista española.

Excusáronse de publicarla, porque en el relato aparecía injusto el común recelo de las gentes contra la raza judía.

Es posible que esta explicación no fuese más que un pretexto para devolverme la historieta, que, ahora lo veo, era muy malucha. Pero es seguro también que tal excusa no se le hubiera ocurrido en aquel tiempo a ninguna revista argentina. Entonces no sabíamos aquí de los judíos más que lo que nos contaban los libros de Europa.

El episodio sólo sirvió para enardecer en mi joven corazón una romántica simpatía hacia el pueblo más perseguido de la historia.

No se me ocurrió pensar que aquella prevención, a mi juicio señal de intolerancia y de atraso, podía tener motivos ignorados en la tierra argentina.

El judío era para nosotros uno de los tantos extran-

jeros, que la excelencia del clima, la fecundidad del suelo, la dulzura de las costumbres y la generosidad de las leyes, atraen a nuestras playas indefensas.

Ni más ni menos que el francés, el alemán, el italiano o el español.

Nos vanagloriábamos de nuestros doscientos o trescientos mil inmigrantes anuales.

Teníamos confianza ilimitada en la poderosa pep-sina de esta tierra, capaz de asimilar los alimentos más heterogéneos. Y con pueril satisfacción comprobábamos que nuestra literatura era francesa; nuestra filosofía, alemana; nuestra finanza, inglesa; nuestras costumbres, españolas; nuestra música, italiana; nuestra cocina, de "todos los países de la tierra", como dice la Constitución.

En suma, no se advertía aquí malquerencia al extranjero; más bien lo contrario, una debilidad por las ideas y los gustos de afuera. Y el judío era un extranjero como los demás.

Han pasado treinta años. Seguimos creyendo que aquí no existe un problema inglés, ni francés, ni alemán, ni español, ni italiano. Pero ya no pensamos igual respecto de los judíos.

A nadie se le ocurre fundar periódicos para atacar, ni defender, por ejemplo, a los vascos o a los irlandeses.

Pero todos los días vemos diarios y revistas cuyo principal propósito, disimulado o no, es atacar o defender al judío.

¿Qué significa eso? Significa que este país, a pesar de que no tiene prejuicios de raza, ni prevenciones xenófobas, no ha podido comprar la paz interior, ni con su hospitalidad sin tasa, ni con la generosidad hasta el despilfarro, de su riqueza, y de sus puestos públicos y aun de su ciudadanía, y ha visto nacer el conflicto de que no se ha librado ningún pueblo, en ningún siglo: la cuestión judía.

Efectivamente, releyendo las historias, penetrando hasta en los tiempos más remotos, observamos este hecho singular: en todas partes el judío aparece en lucha con la nación en cuyo seno habita.

Mil novecientos años antes de la era cristiana los israelitas se establecen en Egipto, conducidos por Jacob.

Siglos después, el Faraón se alarma y dice: "He aquí que los hijos de Israel forman un pueblo más numeroso y fuerte que nosotros. ¡Vamos! Tomemos precauciones contra él, porque si sobreviene una guerra, se podrían unir con nuestros enemigos y combatirnos." (*Éxodo, 1, 9-10.*)

Ni la hospitalidad de cuatrocientos años, ni la multitud de generaciones nacidas en el propio Egipto, habían convertido a los israelitas en ciudadanos de la nación. Seguían siendo extranjeros, y el Faraón temía que, en caso de guerra, *se aliasen con los enemigos del suelo donde habían nacido.*

Esto desencadenó la primera persecución antise-

mita de que habla la historia. Se impuso a los hebreos las más rudas tareas y toda clase de servidumbres, y como no bastara a disminuirlos, el Faraón llamó a las parteras y les ordenó que mataran a los niños recién nacidos y discurrió otras iniquidades, que provocaron la cólera de Dios.

Sobrevinieron las diez plagas de Egipto, y los hebreos emigraron en masa, conducidos por Moisés, hacia la tierra prometida.

En el quinto siglo antes de nuestra era, los vemos en Persia, bajo el reinado de Jerjes I, que es el Asuero de la Biblia, conforme al libro de Esther.

El decreto en que el rey manda a los sátrapas y gobernadores de sus ciento veintisiete provincias, pasar a degüello a todos los hebreos, hombres y mujeres, viejos y niños, desde la India hasta la Etiopía, se fundó en una acción que honra a Mardoqueo, el judío que no quiso doblar su rodilla delante de Amán, primer ministro.

Pero la terrible carta de Asuero merece transcribirse:

“Hay un pueblo malintencionado, mezclado a todas las tribus que existen sobre la tierra, en oposición con todos los pueblos, en virtud de sus leyes, que desprecia continuamente el mandato de los reyes, e impide la perfecta armonía del imperio que dirigimos. Habiendo, pues, sabido que este único pueblo, en contradicción completa con todo el género humano, del cual lo aparta el carácter extraño de sus leyes, mal

dispuesto hacia nuestros intereses, comete los peores excesos e impide la prosperidad del reino, hemos ordenado... que sean todos, con mujeres e hijos, radicalmente exterminados por la espada de sus enemigos, sin ninguna misericordia, el décimocuarto día del mes de Ader, del presente año." (*Esther*, 13, 4-7.)

Es sabido cómo la reina Esther, que era judía, consiguió de su esposo el rey Asuero, la anulación del espantoso mandato.

Mil años antes de Cristo, bajo el reinado de Salomón, hallamos israelitas hasta en España (Tarsis), encargados de proveerle de oro y de plata. (*I Reyes*, 10-22.) (1)

Y Estrabón, en el primer siglo de nuestra era, afirma: "que sería difícil señalar un solo sitio en la tierra, donde los judíos no se hayan establecido poderosamente".

En todas partes proceden igual, forman un estado dentro del Estado, se infiltran en las leyes y en las costumbres y acaban por provocar el odio y la persecución.

"Los romanos —exclama Séneca— han adoptado

(1) Actualmente España, después de treinta siglos de colonización judaica, no tiene sino tres mil israelitas en su territorio; y el gobierno de la Generalidad de Cataluña acaba de negar permiso para instalarse allí a un grupo de judíos expulsados del Saar alemán y no admitidos en Francia.

La Argentina, con sólo medio siglo de colonización judaica, ya contiene seiscientos mil judíos, de los cuales hay trescientos mil en Buenos Aires.

el sábado." Y en otro lugar: "Esta nación abominable (Israel), ha llegado a difundir sus costumbres en el mundo entero; los vencidos han dictado la ley a los vencedores."

El antisemitismo, o el odio al judío, no es, pues, un producto del cristianismo. Ha existido mucho antes de Cristo y también en pueblos como los árabes, enemigos a muerte de la Cruz.

2. Israel ha sobrevivido a la persecución. Doble enigma: su vitalidad y el odio universal que lo persigue. El judío es patriota y nómada. Añora la patria, pero no quiere volver a ella. "Esdras se llevó el afrecho", dice el Talmud. Fracaso de la restauración de Palestina. La patria real del judío es el mundo. Está cómodo en todas partes, pero no es asimilado en ninguna.

Tan encarnizada persecución habría exterminado a cualquiera otra nación. El pueblo de Israel, sin territorio y sin gobierno aparente, ha sobrevivido a muchos de sus perseguidores, y ofrece al historiador un doble problema: 1º Razón de su vitalidad. 2º Causas del odio universal que lo persigue.

Conviene dejar la explicación a libros de autores judíos. Ciertas cualidades de ese pueblo, aunque fuesen una gloria para él, suenan como injurias si son dichas por cristianos; y es mejor que sean autores de su raza, quienes repitan en nuestra época, con otras palabras, lo que dijeron un Faraón y el rey Asuero, muchos siglos antes de Cristo.

Llamo la atención de quienes me leen hacia el

hecho muy simple, pero muy significativo de que no cito aquí sino escritores judíos y de los mejores.

Teodoro Herzl, gran apóstol de la restauración de la patria israelita, dice: "La cuestión judía existe dondequiera que habitan judíos en cierta cantidad... No es ni una cuestión económica, ni una cuestión religiosa, aunque a veces tenga el color de una y otra. Es una cuestión nacional, y para resolverla tenemos que hacer de ella una cuestión mundial." (1)

El judío, según Kadmi Cohen, en su libro *Nómades*, pertenece a una raza distinta de las otras, física y moralmente.

"La sangre que corre por sus venas ha conservado su fuerza primitiva, y la sucesión de los siglos no hará más que reforzar el valor de la raza... La historia de este pueblo, tal como está consignada en la Biblia, insiste en todo instante en la prohibición de aliarse con extranjeros... Y en nuestros días, como hace treinta siglos, la vivacidad de este particularismo de raza se justifica y se mide con la escasez de los matrimonios entre judíos y no judíos.

"El pueblo es una entidad autónoma y autógena, que no depende de un territorio, ni acepta el estatuto real de los países en donde reside.

"Y es igualmente ese formidable valor, así conferido a la raza, el que explica este fenómeno único y exclusivo: de entre todos los pueblos, uno sólo, el

(1) TH. HERZL: *L'Etat Juif*, Paris, Librairie Lipschutz, 1926, p. 17.

pueblo judío, sobreviviéndose a sí mismo, prolonga una existencia paradójica, continúa una duración ilógica y, para decirlo todo, impone la fulgurante claridad de la unidad, el signo resplandeciente de la eternidad y la supremacía de la idea, a pesar de todos los asaltos, de todas las desmembraciones y de todas las persecuciones ordenadas. Un pueblo ha sobrevivido a pesar de todo." (1)

Tal aislamiento es una fuerza, pero al mismo tiempo es un fenómeno, tal vez una monstruosidad.

Escuchemos aún a Kadmi Cohen:

"Desde la dispersión, la historia judía es una paradoja y un reto al buen sentido.

"Es una monstruosidad vivir durante dos mil años en rebelión permanente contra todas las poblaciones donde se vive, e insultar a sus costumbres, y a su lengua, y a su religión por un separatismo intransigente." (2)

En suma, a ese sentimiento separatista, de que el Talmud (su Código civil, penal y religioso) ha hecho un dogma de fe; a ese horror por la mezcla de sangre, debe Israel el no haberse disuelto en la marea cristiana, que lo ha envuelto y oprimido, como las aguas del diluvio al Arca de Noé.

Admiremos este patriotismo forjado como una co-

(1) KADMI COHEN: *Nómades*, p. 26, cit. PONCINS: *Las fuerzas secretas de la revolución*. Fax, Madrid, 1932, p. 202.

(2) ID.: *ibid.*, p. 26, cit. PONCINS: *Op. cit.*, p. 203.

raza con dos metales indestructibles: la nacionalidad y la religión.

Todos los pueblos desterrados del suelo que los viera nacer, lloran un tiempo la patria perdida, pero acaban por refundirse en la nueva patria y olvidar su propia lengua y su historia y su religión.

El judío no. Lo hallamos en todos los siglos y en todos los climas; en Europa, en Asia y en América. Siempre está de paso, como un peregrino, con el bordón en la mano, cumpliendo las palabras del Éxodo, que prescribe la forma de comer el cordero pascual: "Lo comeréis así; la cintura ceñida, las sandalias en los pies, el bastón en la mano, y lo comeréis de prisa." (*Éxodo, 12-11.*)

En vano las leyes de los países que habitan intentan asimilarlos y les atribuyen tal o cual nacionalidad y hasta los obligan a batirse por una bandera. Su corazón está preso por las tradiciones de la ciudad santa, inspiradora de salmos exquisitos:

"A la orilla de los ríos de Babilonia nos sentábamos a llorar acordándonos de Sión.

"En las ramas de sus sauces habíamos colgado nuestras arpas. Y allí los que nos tenían cautivos, nos pedían que cantásemos; y los que nos habían oprimido, nos pedían alegría diciéndonos: "¡Cantadnos un cántico de Sión!"

"¿Cómo cantaríamos canción de Jehovah en tierra de extranjeros?"

"Si me olvidara de ti, ¡oh Jerusalén!, que mi mano derecha se olvide de moverse; y que mi lengua se pegue a mi paladar."

La dulce y melancólica canción del desterrado, termina en una tremenda imprecación contra los hijos del extranjero:

"Hija de Babilonia, bienaventurado el que te diera el pago de lo que tú nos hiciste.

"Bienaventurado el que tomase tus niños y los estrellare contra las piedras." (*Salm. 137.*)

Esta fidelidad feroz a su nacionalidad, hace del judío un ser insociable e *inasimilable* en país extraño.

En cualquier nación que habite, y aunque detrás de él tenga veinte generaciones nacidas en esa tierra, el judío se siente cautivo, como sus antepasados a la orilla de los ríos de Babilonia.

Pero su adhesión a la tierra santa es de un carácter singular.

Las nostalgias que tiene de su patria son puramente imaginativas.

Cuando Ciro, rey de Persia, conquistó el imperio caldeo, permitió a los israelitas que lloraban el cautiverio de Babilonia, la vuelta a Palestina.

Mas no fueron muchos los que aprovecharon el permiso, y siguieron a Esdras y Nehemías, los jefes de la nación judía restaurada. La mayoría, especialmente los ricos e importantes, permanecieron en Asiria y Babilonia.

“Esdras se llevó el afrecho y dejó la flor de harina en Babel”, dicen la tradición y el Talmud. (*Kiduschin*, fol. 70.)

Después de la guerra mundial se restauró en Palestina, gracias al apoyo inglés —declaración Balfour— la patria israelita, que otros conquistadores habían destruido de nuevo.

Se entregó a Sión un territorio de veintitrés mil kilómetros para que lo gobernase bajo la protección de Inglaterra y se hizo grande y costosa propaganda invitando a los judíos de todo el mundo a volver a la tierra prometida. El gobierno inglés la ponía en sus manos, soldados ingleses los defenderían, si a los quinientos mil árabes, habitantes del suelo, se les ocurría discutir a los recién llegados el derecho de ser sus señores.

De los quince o veinte millones de israelitas que viven desterrados sobre el globo, ni cien mil acudieron al llamado de las dulces colinas de Judea.

Los otros siguen cantando el salmo: “que mi mano derecha se olvide de moverse, si te olvidó, ¡oh Jerusalén!; que mi lengua se pegue”... Pero no van, porque el judío sólo puede prosperar entre los cristianos. (1)

No nos asombremos de esta contradicción. Desde

---

(1) En el año 1928 llegaron a Palestina 3.086 inmigrantes, pero emigraron 3.122, de los cuales 2.168 eran judíos. Se trata de un año normal.

los tiempos de la Biblia, las más rudas contradicciones son frecuentes en el carácter del pueblo escogido, que era, a la vez, según palabras de Jehovah, el pueblo pérfido hasta cuando manifestaba el arrepentimiento: "El pérfido Judá no ha vuelto a mí de todo corazón: lo ha hecho con falsía." (*Jeremías, 3-10.*)

Nadie ha perfeccionado tanto el sistema capitalista, como los banqueros judíos, Rothschild, etc.

Y nadie lo ha condenado con más acerbidad que los economistas judíos, Marx, etc.

El judío es conservador y es revolucionario. Conserva con tenacidad sus instituciones, pero tiende a destruir las de los otros.

Es patriota, como ningún otro pueblo, y al mismo tiempo fácil para abandonar la patria. Se le encuentra en todas partes, pero no es asimilado por ninguna.

Y la razón es simple: la patria real del judío moderno, no es la vieja Palestina; es todo el mundo, que un día u otro espera ver sometido al cetro de un rey de la sangre de David, que será el Anticristo.

Tal esperanza de un pueblo escaso y disperso, parecería ridícula, si no fuera un dogma de su religión, una promesa de Dios, por la boca de los profetas que le hablan desde hace miles de años, en las sinagogas.

En la fiesta de año nuevo (*Rosch Hassanah*), primer día del mes de Tizri (fines de setiembre), entre los aullidos del cuerno que toca treinta veces, leen siete la profecía de David:

“Batid palmas y aclamad a Dios con júbilo. Porque Jehovah, el altísimo y terrible, someterá a todas las naciones y las arrojará a vuestros pies.”  
(*Salm. 47.*)

Hay en ese orgullo judaico una mezcla de patriotismo y de religiosidad, que amasada por dieciocho siglos de Talmud, han hecho el carácter del judío actual.

El más miserable de ellos, se considera cien codos arriba del más noble y poderoso de los *goyim* (cristianos), pues forma parte del pueblo escogido.

“El mundo —afirma el Talmud— no ha sido creado sino a causa de Israel (*Bereschith Rabba, sec. 1.*)

”Si Israel se hubiera negado a aceptar la ley del Sinaí, el mundo habría vuelto a la nada.” (*Sabbath, fol. 88.*)

Ya el salmista lo proclamaba: “Él (Jehovah), ha revelado su palabra a Jacob, sus leyes a Israel. Y no ha hecho lo mismo con las otras naciones.”  
(*Salm. 147. 19-20.*)

¿Cuál fué el motivo de esta predilección divina?

El cumplimiento de las promesas a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob.

“Vosotros sois un pueblo santo para Jehovah, dice uno de los libros de Moisés, que constituyen la sagrada Thora judía. Jehovah os ha elegido para ser su pueblo predilecto, más que todos los pueblos

que están sobre la faz de la tierra. No porque vosotros sobrepaséis en número a los otros, puesto que sois el más pequeño de todos los pueblos, sino porque Jehovah os ama y quiere cumplir las promesas hechas a vuestros padres." (*Deuter.*, 7. 6. 8.)

¿Y de qué manera ha correspondido Israel?

Muy conocida es aquella amarga expresión del Eterno, repetida no menos de diez veces en los libros santos: "Pueblo de cerviz durísima eres tú." (*Éxodo*, 33. 5.)

Si el orgulloso aislamiento en que le gusta vivir, fundado en la tradición y en la sangre, explica la supervivencia del pueblo judío, es al mismo tiempo la razón del odio universal que ha provocado.

Bernardo Lazare, uno de los escritores judíos que mejor han diseado el espíritu de Israel, en su excelente libro *L'Antisemitisme*, plantea la cuestión:

"¿Qué virtudes o qué vicios valieron al judío esta universal enemistad? ¿Por qué fué a su tiempo igualmente odiado y maltratado por los alejandrinos y por los romanos, por los persas y por los árabes, por los turcos y por las naciones cristianas?

"Porque en todas partes y hasta en nuestros días, el judío fué un ser insociable.

"Porque jamás entraron en las ciudades como ciudadanos sino como privilegiados. Querían ante todo, habiendo abandonado la Palestina, permanecer judíos, y su patria era siempre Jerusalén.

“Consideraban impuro el suelo extranjero y se creaban en cada ciudad una especie de territorio sagrado. Se casaban entre ellos; no recibían a nadie... El misterio de que se rodeaban excitaba la curiosidad y a la vez la aversión.” (1)

Es posible que si los judíos no se hubieran regido por otras leyes que las de la Biblia, habrían acabado por confundirse con los pueblos cristianos. Mas se aferraron al Talmud, su código religioso y social, selva inextricable de prescripciones rigurosas que conferían a los rabinos, sus únicos intérpretes, una autoridad superior a la de Moisés y de los profetas.

“Hijo mío —ordena el Talmud— atiende más a las palabras de los rabinos, que a las palabras de la ley.” (*Tratado Erubin, fol. 21 b.*)

“Las palabras de los antiguos (léase rabinos) son más importantes que las palabras de los Profetas.” (*Tratado Berachot, 7. 4.*)

El gran rabino Miguel Weill, en una obra fundamental, dice: “Israel debe a la moral del Talmud en buena parte su conservación, su identidad y el mantenimiento de su individualidad en el seno de la dispersión y de sus terribles pruebas.” (2)

La misma idea en Bernardo Lazare:

(1) B. LAZARE: *L'Antisemitisme*. Jean Crés. París, 1934, t. 1º, p. 43 y 74.

(2) WEILL: *Le Judaïsme, ses dogmes et sa mission*. Introd. générale. París. A la Librairie israélite, 1866, pág. 135.

“El Talmud formó a la nación judía después de su dispersión . . . fué el molde del alma judía, el creador de la raza.” (1)

Pero al Talmud ya no lo leen sino los rabinos; la mayoría de los judíos ignoran la lengua (un antiguo caldeo, muy difícil) en que está escrito.

Es verdad: el judío moderno ha perdido las ideas sobrenaturales; no cree en Dios y si observa algún rito religioso no es por piedad, sino por nacionalismo.

Él no lee el Talmud, pero su rabino lo lee, y eso basta para que el fuerte espíritu de la obra se difunda en ese pueblo que ve en sus sacerdotes a los conductores de la raza.

“El judío irreligioso y a veces ateo, dice Lazare, subsiste porque tiene la creencia de su raza. Ha conservado su orgullo nacional; se imagina ser una individualidad superior, un ser diferente de los que le rodean, y esta convicción le impide asimilarse; porque siendo exclusivista, rehusa mezclarse por el matrimonio con los otros pueblos.” (2)

3. Espíritu del Talmud: orgullo y astucia. El Talmud ha suplantado a la Biblia. Los rabinos mataron a los profetas. Maimónides, ejemplo de astucia. El gobierno judío es una sociedad secreta. El Kahal. Misterio ambulante.

¿Cuál es, pues, el espíritu de ese libro, que ha preservado a Israel de fundirse en la masa de los pueblos

(1) LAZARE: *L'Antisemitisme*. Jean Crés. París, 1934, t. I,

(2) LAZARE: *Op. cit.* t. I. pág. 138.

cristianos? En dos palabras: el orgullo nacional y la astucia.

Dejaré otra vez la palabra a grandes escritores judíos, que son testigos insospechables de parcialidad en contra de Israel.

Sin embargo, no se tema que un buen israelita pueda ofenderse porque le digan orgulloso y astuto. La simplicidad y la humildad son virtudes del Evangelio, no del Talmud.

“El punto de vista utilitario de la moral judía, dice un escritor religioso de esa nacionalidad, aparece en el término mismo con que designan su ideal aquellos que la enseñan: el término *hokma*, sabiduría.

”Mas no entienden que sabiduría sea conocimiento de Dios y mucho menos especulación filosófica, sino posesión de los medios prácticos para llegar al fin de la vida, que es la felicidad: la sabiduría es, pues, la habilidad, la prudencia.” (1)

Quien dice habilidad y prudencia, dice astucia. No hay nada más sutil y travieso que la casuística de un rabino, experto en el Talmud.

Diremos en pocas palabras lo que es el Talmud. Los judíos desde la más remota antigüedad reconocían una ley oral, con que se interpretaba la ley escrita (de Moisés y sus profetas).

(1) AD. LODS: *Les Prophètes d'Israël*. Paris, La Renaissance du Livre, 1935, pág. 374.

Esta ley oral se llamaba *Mischna* (segunda ley) y con el andar de los siglos llegó a ser infinitamente copiosa y confirió un poder inmenso a los doctores que la conocían y la interpretaban.

Pero la vida entera de un hombre no bastaba para aprender de memoria y transmitir de palabra a un sucesor aquella colosal legislación, y se fueron perdiendo millares de reglas.

En el siglo II (era cristiana), el Rabino Jehuda el Santo, condolido de la desaparición paulatina de tantas tradiciones, resolvió recogerlas por escrito, violando con ello cierta regla que lo prohibía.

Convocó un sínodo de doctores y empezó la redacción de la *Mischna*, y luego aparecieron los comentarios de los rabinos, o sea la *Guemara*.

Estos comentarios constituyen el Talmud. Casi simultáneamente se redactaron dos: uno en Tiberíades, que se llamó *Talmud de Jerusalem*, y otro en Babilonia, que lleva su nombre. Éste es el más acreditado y el que generalmente se cita.

No sólo contiene todas las grandes cuestiones teológicas y filosóficas que interesan a la humanidad, y se refieren a la naturaleza y a la creación del hombre, al alma, a la vida futura, a la resurrección, metempsicosis, cielo e infierno, ángeles y demonios, deshiladas en hebras finísimas, verdaderos cabellos partidos en cuatro; sino también innumerables leyendas, poéticas y pueriles, graves y ridículas; y nociones acerca de

todo, agricultura y matemáticas, higiene y astronomía, metafísica e historia sagrada...

El lector pierde la paciencia y pasa de la admiración a la sorpresa, a la indignación misma, atraído y desorientado alternativamente, por aquel fárrago de contradicciones y de extravagancias, de grandeza y de puerilidad, de profundidad y de pornografía...

Y si considera que el Talmud ha sido casi dos mil años el alimento espiritual de todo un pueblo, y ha suplantado a la Biblia, no puede menos de caer en profundo estupor.

Recordemos la acerba palabra de uno de sus Profetas:

"He aquí, que para la mentira ha trabajado la pluma engañadora de los escribas." (*Jeremías, 8. 8.*)

Los rabinos mataron a los profetas, y su casuística utilitaria y astuta, sirvió maravillosamente para que aquel pueblo odiado y perseguido, se doblegara bajo la persecución y se adaptara y subsistiera y prosperase.

"El Talmud y las legislaciones antijudías, dice Bernardo Lazare, corrompieron profundamente al judío."

Más adelante completa así su pensamiento:

"En esta guerra que, para vivir, tuvo el judío que librar contra el mundo no pudo salir vencedor sino por la intriga. Y este miserable, condenado a las humillaciones y a los insultos, obligado a agachar la cabeza bajo los golpes, bajo los vejámenes, bajo las

invectivas, no pudo vengarse de sus enemigos, de sus verdugos sino por la astucia.

"El robo y la mala fe fueron sus armas, las únicas armas de que pudo servirse, y así se *ingenió para afilarlas, complicarlas, disimularlas.*" (1)

Siento la necesidad de repetir que B. Lazare es un escritor judío que goza de gran autoridad.

Y lo que afirma podría ilustrarse con ejemplos. Básteme citar uno sólo, por la actualidad que tiene.

Hace poco tiempo los judíos han celebrado el octavo centenario del nacimiento de *Maimónides* (30 de marzo de 1135) con entusiastas ceremonias, conferencias, escritos que nos presentan al sabio cordobés como un Tomás de Aquino de la Sinagoga.

Era ciertamente un hombre extraordinario, pero en la Iglesia católica no hubiera llegado a los altares.

Rabino perfectísimo, por su ciencia, por su intolerancia y por su astucia, escribió un libro que puede considerarse un segundo Talmud, la *Mischna-Thora*.

De una ortodoxia audaz y al mismo tiempo rígida, no consideraba verdadero israelita al que discrepaba en cualquier punto con su doctrina.

Pues bien, "es un hecho extraño, pero del que no se puede dudar, que el mayor doctor de la Sinagoga, a quien llamaban la antorcha de Israel, la luz del Oriente y del Occidente y a quien un adagio presen-

(1) B. LAZARE: *L'Antisemitisme*. Jean Crés, Paris, 1934, t. II, pág. 231.

taba como un nuevo Moisés, durante diez y seis o diez y siete años ha profesado exteriormente la doctrina musulmana." (1)

No nos escandalicemos demasiado de esta aparente apostasía, que no era más que un rasgo de astucia talmúdica. Maimónides tenía en El Cairo el empleo altamente provechoso de médico a sueldo del emperador Saladino.

Además era autor de una obra en que sostenía ser lícito apostatar aparentemente.

Los rabinos del Talmud, han trabajado, pues, el barro milenario de los judíos bíblicos, duros y rezongones, y han hecho al judío de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. (2)

Pocos problemas tan difíciles de resolver como los que se relacionan con el gobierno interior de este pueblo. No hay misterio mejor guardado que el de sus telones.

El gobierno judío es una verdadera sociedad secreta.

Y así como en todas las sociedades secretas existen iniciados que no pasan de las últimas filas, y no pene-

(1) FRANCK: *Dictionnaire des Sciences Philosophiques*, artíc. Maimonides.

(2) Sin pronunciarme sobre la insoluble cuestión de la autenticidad de los *Protocolos*, me limitaré a decir que con buenas palabras los judíos alegan que son falsos, pero con hechos todos los días nos prueban que son verdaderos. Los *Protocolos* serán falsos... pero se cumplen maravillosamente.

tran jamás en las bambalinas, ni llegan a conocer a los directores de las figuras que ven moverse en el proscenio, así en el judaísmo hay circuncisos de absoluta buena fe, que ignoran la constitución y hasta la existencia misma del Kahal, es decir, de la autoridad que desde la sombra gobierna a su nación.

El poeta Heine, que era judío y sabía a qué atenerse, ha dicho:

“Las acciones y los gestos de los judíos, al igual que sus costumbres, son cosas ignoradas del mundo. Se cree conocerlos porque se ha visto su barba; pero no se ha visto nada más que eso, y, como en la Edad Media, los judíos continúan siendo un misterio ambulante.”

4. El becerro de oro. ¡Israel, he aquí tu Dios! ¿Ironía del texto sagrado? ¿Profecía? El judío no es productor. Un texto del Talmud sobre la agricultura. El oro, única riqueza.

Israel, lleva en su propio nombre un poco de su destino.

*Israel* significa en hebreo: *el que lucha contra Dios*. (Gen. 33, 28.) Y, en efecto, la historia del pueblo escogido es la batalla de Dios, que quiere conducirlo por los caminos de su providencia y se estrella en su rebeldía y obstinación.

“Desde el día que salisteis del país de Egipto, hasta que entrasteis en este lugar (la tierra prometida) habéis sido rebeldes a Jehovah.” (Deuter., 9. 7.)

Colmado de promesas y de favores, libertado milagrosamente de la esclavitud de los egipcios, apenas se aleja Moisés, empieza a rezongar, y pide a Aarón, Sumo Sacerdote de Jehovah, que le fabrique un ídolo para adorarlo.

Aarón consiente; recoge las joyas de las mujeres, las funde, fabrica un becerro de oro y lo presenta al pueblo:

"Israel, ¡he ahí tu Dios!" (*Éxodo, 32, 4.*)

Estas palabras fueron de los israelitas, según el sagrado texto. Seguramente fueron también las de Aarón.

Pero el hermano de Moisés ¿con qué espíritu las pronunció? ¿Fue un ironista o un profeta?

Quiso decirles: ¿a qué me pedís un dios, si ya lo tenéis y lo adoráis en secreto, y es el oro? ¿O pretendió anunciarles cuál sería su destino y el móvil de su futura política?

¡No sé! Sin embargo, sospecho que cuando en la Sinagoga, el rabino desenvuelve el venerable rollo de la Thora, donde sobre una piel escrupulosamente preparada está escrito el Pentateuco, al exponer el pasaje del becerro de oro, debe sentir la misma perplejidad.

¿Profecía? ¿Ironía?

Y no sabiendo cómo resolver la cuestión, se encargará de hombros. ¿Qué importa? Al fin y al cabo, el amor al oro está prescrito en sus libros santos. El Zohar, comentando las bendiciones de la Biblia, afir-

ma que: "La bendición en la tierra consiste en la riqueza." (I-87 b.)

Pero el judío no es productor. Prefiere ganar la riqueza por el intercambio. Al servir de intermediario entre los que producen y los que compran, algo queda siempre en sus manos, y se acumula y constituye su capital.

No se aviene sino con las ocupaciones sin raíces, que le permiten estar de paso en todas partes: el pequeño comercio, la pequeña industria, el préstamo, la comisión, la banca. Y en los últimos tiempos, las profesiones liberales.

En la Argentina se han creado colonias judías, copiosamente regadas por las subvenciones del Barón Hirsch. Entre Ríos, Corrientes, la Mesopotamia argentina, estuvo a punto de ser la nueva Mesopotamia judía. Pero al cabo de pocos años, el colono abandonó el arado, se transformó en comerciante, y dejó en su lugar, en la tierra desdeñada, a un italiano, a un español, que serían sus mejores clientes.

La colonización judía en la Argentina ha fracasado.

No en vano aconseja así el Talmud: "El que tiene 100 florines en el comercio, come carne y bebe vino todos los días; el que los tiene en la agricultura come pasto."

"El que quiera hacer agricultores de los judíos, dice Teodoro Herzl, comete un extraño error." (1)

(1) TH. HERZL: *L'Etat Juif*, pág. 77.

Y otro autor judío amplía el pensamiento:

“El instinto mismo de la propiedad, que, por otra parte resulta del apego a la tierra, no existe en los semitas, esos nómades que nunca han poseído el suelo y no quisieron poseerlo. De ahí sus tendencias comunistas innegables, desde la más remota antigüedad.” (1)

La sola riqueza indiscutible para el judío es el oro, que se adhiere a su dueño y lo acompaña en sus avatares, y se puede guardar indefinidamente, esconder y transportar.

Mientras los otros pueblos manejaban la espada, el judío, arrinconado en el *ghetto*, aprendía los secretos del oro.

Y a medida que lo acaparaba, y a fin de aumentar su valor, sus financistas iban haciendo penetrar en las universidades y en los libros cristianos, una doctrina que les convenía, y que el mundo ha aceptado, como un dogma económico, pero de la cual se morirán los siglos futuros: “No puede haber moneda sana, que no tenga por garantía el oro.”

Fetichismo funesto, verdadera trampa judía.

Es imposible apoderarse de toda la riqueza de un país. Pero no tan difícil controlar sus negocios, para quien logra controlar su moneda.

La riqueza de una nación vale cien mil millones.

---

(1) KADMI COHEN: *Nómades*, p. 85.

¿Quién posee cien mil millones para comprar una nación?

¡No es necesario! La moneda de esa nación no pasa de mil millones. El que se apodere de esos mil millones en dinero líquido, se habrá apoderado del país.

Pero tampoco es necesario. Esa moneda es papel, cuya garantía son quinientos millones en oro.

Bastaría adueñarse de ese oro, aunque se lo dejara dormir en las cajas de sus bancos, para dominar los negocios y poseer prácticamente la riqueza entera de la nación.

5. Una doctrina económica que es una trampa judaica. "Se compra oro". Esta crisis, vasta maniobra de los financistas judíos. La crisis prepara la revolución. El judío es revolucionario. La Argentina lo atrae especialmente. La apatía criolla. Buenos Aires, futura Babilonia.

La doctrina del oro, como supermoneda universal, conduce al superreinado de Israel sobre el mundo.

Este es el sentido en que debe interpretarse el famoso manifiesto de Adolfo Crémieux, fundador de la Alianza Israelita Universal, que ya en 1860 se dirige a Moisés Montefiere y le dice:

"... 8º — No está lejos el día en que todas las riquezas de la tierra pertenecerán a los hebreos."

Ciertamente, no lograrán nunca apoderarse de todos los campos, de todas las fábricas, de todos los ferrocarriles, de todas las empresas cristianas; pero al apoderarse del oro, tendrán en sus manos todos los

medios de pago de la humanidad, que se fundan en el oro.

Podrán provocar crisis y encender guerras y preparar por ellas la revolución mundial, que allanará el camino del Anticristo, su Mesías.

En el capítulo V de la novela "ORO", el banquero judío Blumen dice a los financistas consternados por la noticia de que un alquimista ha descubierto la manera de producir oro artificial, al precio del jabón:

"Algún día la humanidad se asombrará de que haya habido una época en que ella misma se dejó encerrar en esta prisión israelita del prejuicio del oro. Hallará inconcebible una crisis, como la actual, en que el mundo, conservando y hasta aumentando sus fuerzas productoras, ha vivido pereciendo de miseria, por carecer de medios de pago, a causa de que el oro, del que nuestros sabios han sabido hacer la base de las monedas universales, ha sido retirado de la circulación, en grandes masas por nosotros mismos..."

Nunca había el mundo presenciado la avidez por el oro, que actualmente se observa. En todas las calles de esta ciudad y en todas las ciudades de la República y del mundo han aparecido sugestivos letreros: "*Se compra oro.*" "*Compramos oro.*" "*Oro, oro, oro, pagamos el mejor precio.*"

No es una simple casualidad: es el indicio claro

de una política no menos clara, aunque se dirige desde la sombra: la política del Kahal, que por un lado incita a los judíos a acaparar el oro, y por el otro difunde en libros, periódicos y universidades la doctrina económica que ha dado al metal amarillo un privilegio insensato.

Con el andar del tiempo se verá que esta crisis ha sido una vasta maniobra de financistas, para quienes los mejores semilleros de negocios son las crisis y las guerras.

Esta crisis prepara la guerra, que acabará en una colosal revolución e introducirá el caos en las naciones. Del caos saldrá lo que el Talmud promete a Israel.

"El Mesías dará a los judíos el imperio del mundo, al cual estarán sometidos todos los pueblos."  
(*Trat. Schabb f. 120 c. l.*)

¿El Mesías? ¿Acaso los judíos esperan el advenimiento del Mesías?

Es posible que algunos judíos, de esos que todavía lloran al pie del muro de las lamentaciones en la Ciudad Santa, conserven la esperanza de un Mesías personal, que vendrá como un rey omnipotente a realizar las profecías.

Pero la inmensa mayoría, inclusive sus teólogos de más autoridad, han abandonado hace tiempo esa interpretación.

No creen en el Mesías, pero creen en la misión mesiánica de Israel.

Y se apoyan en las palabras de Moisés, en la última asamblea general de su nación (*Deuter. XXX, 1-9*), donde, a manera de un testamento, predice la futura grandeza del pueblo escogido.

“En esta profecía —observa el gran rabino y teólogo Weill— no hay ninguna mención directa, ni indirecta, de un Mesías personal... Ningún vestigio de un rey, príncipe o personaje cualquiera, encargado de esta misión reparadora, Moisés no conoce o al menos no anuncia al Mesías personal. Predice una regeneración, un renacimiento nacional... Este mesianismo se resume en una restauración moral y religiosa.” (1).

Tan restringida interpretación de las profecías, concuerda muy bien con la religiosidad judía, deísmo vago e inanimado, pequeño par de alas de su nacionalismo pesado, vigoroso y materialista.

El judío encuentra insustancial la esperanza del cielo. No sabe ni quiere saber de las cosas del otro mundo. Cree en el paraíso terrenal.

No siempre es ateo, pero siempre es anticristiano.

“Habría que examinar, dice B. Lazare, cuál ha sido la contribución del espíritu judío al terrible anticlericalismo del siglo XVIII” (2).

Sabido es que de ese anticlericalismo brotó el libe-

(1) MICHEL WEILL: *Le Judaïsme*, Librairie A. Franck. Paris, 1869, t. III, p. 409-421.

(2) LAZARE: *Op. cit.*, II-193.

ralismo del siglo XIX, pesado Mar Muerto en cuyas aguas plúmbeas ninguna vida espiritual subsiste; filosofía taimada, que encendió las luchas religiosas y políticas de aquel siglo, y atiza la guerra social del presente.

Dejemos otra vez la palabra al autor de *L'Antisemitisme*.

“En la historia del liberalismo moderno, en Alemania, en Austria, en Francia, en Italia, el judío ha desempeñado un gran papel.

“El liberalismo ha marchado a la par del anticlericalismo. El judío ha sido ciertamente anticlerical; él ha provocado el Kulturkampf, en Alemania; él ha aprobado las leyes Ferry, en Francia. Es justo decir que los judíos liberales han descristianizado, o a lo menos han sido los aliados de los que fomentaban esta descristianización, y para los antisemitas conservadores, *descristianizar es desnacionalizar*.” (1)

Recojamos esta preciosa confesión: el judío es un poderoso factor antinacional.

Por el apego que tiene a sus tradiciones, por su espíritu de economía, por su admirable patriotismo, se nos presenta como un tenaz conservador.

Y lo es, pero conservador de sus propias instituciones.

Sumergido en un ambiente cristiano, resulta in-social, inasimilable y revolucionario.

(1) LAZARE: *Op. cit.*, II-224.

Citemos otro testimonio insospechable:

Oigamos de nuevo a Teodoro Herzl, en una estu-  
penda confesión:

“Abajo nos volvemos revolucionarios *proletarizán-*  
*donos* y constituímos los suboficiales de todos los par-  
tidos subversivos. Al mismo tiempo que se agranda  
arriba nuestra temible potencia financiera.” (1)

“El judío tiene espíritu revolucionario; consciente  
o no, es un agente de revolución”, dice B. Lazare.  
Y más adelante agrega esta observación: “El día en  
que el judío ocupó una función civil, el estado cris-  
tiano se puso en peligro... En ese gran movimiento  
que conduce cada pueblo a la armonía de los ele-  
mentos que lo componen, los judíos son los refracta-  
rios, la nación de la dura cerviz.” (2)

Palpita en las entrelíneas de estos escritores el or-  
gullo de la raza, porque esa condición de revoluciona-  
rio y de insociable que confiesan, es toda una defini-  
ción: El judaísmo no es una nacionalidad, no es una  
religión, es un nacionalismo, mejor todavía, un impe-  
rialismo.

Y esto es lo que sintieron dos mil años antes de  
Cristo los primeros antisemitas de la historia, los Fa-  
raones de Egipto, y después todos los pueblos de to-  
dos los siglos.

(1) TH. HERZL: *L'Etat Juif*, París, Librairie Lipschutz, 1926,  
pág. 84.

(2) LAZARE: *Op. cit.*, t. II, 182, 225, 269.

No podía nuestra joven patria ser una excepción, y ya tiene también su conflicto.

El judío argentino no es generalmente el personaje antipático, que han caricaturizado los escritores europeos.

Por de pronto no es mezquino. Nosotros conocemos otros pueblos que son característicamente cicateros y miserables.

El judío no. Cuando pobre, es económico hasta el heroísmo. Pero cuando rico es generoso y gran señor, como nadie.

No es áspero ni prepotente. Por el contrario, sus maneras son civiles y afables. Nadie sonríe como él; nadie es complaciente como él.

Añádase que es dúctil, tenaz e inteligente, y suple con sagacidad y perseverancia las condiciones de fuerza o de genio que pueden faltarle.

Los argentinos no hemos inventado la cuestión judía. Existía fuera de aquí y mucho antes que nosotros. Ahora existe aquí, porque los judíos mismos la han planteado. Recordemos las palabras ya citadas de su gran apóstol Herzl: "Tenemos que hacer de la cuestión judía una cuestión mundial."

Debemos creer que la Argentina tiene para ellos una atracción especial. Y aun hubo un tiempo en que pensaron seriamente hacer de una porción del territorio argentino (tal vez la provincia de Entre Ríos o el norte de Santa Fe) la tierra prometida,

donde se cumplirían las profecías de sus libros santos.

Les parecía fácil lograr de nuestro gobierno una cesión de territorio, que transformarían en nación independiente. Y hasta llegaban a creer que nos halagaría mucho su preferencia.

Esta no es una suposición gratuita. He aquí las palabras del gran sionista ya citado, Teodoro Herzl:

“La República Argentina tendría el mayor interés en cedernos parte de su territorio. La actual infiltración judía ha producido allí, es verdad, cierta inquietud. Sería, pues, necesario explicar a la República Argentina la diferencia esencial de la nueva emigración judía.” (1)

A la apatía criolla, que es una forma de la generosidad petrificada en el preámbulo de la Constitución, todavía no le inquieta la infiltración judía en nuestro comercio, en nuestra finanza, en nuestras leyes, en nuestra enseñanza, en nuestra política y en nuestro periodismo.

No le damos importancia al descanso del sábado, porque le llamamos sábado inglés.

No nos preocupa la multiplicación de esas escuelas misteriosas, en que se enseña a los niños argentinos, no solamente una lengua, sino un alfabeto extraño, que hace poco menos que imposible vigilar el espíritu de esa enseñanza.

---

(1) TH. HERZL: *Op. cit.*, p. 94.

Cuando pensemos de otro modo, ¿será tiempo todavía?

Repitamos las palabras de Bernardo Lazare, cuyo testimonio es irrecusable: "El día en que el judío ocupó una función civil, el estado cristiano se puso en peligro."

Buenos Aires, cabeza enorme de una república de población escasa, palanca de dirección omnipotente de este país sin tradiciones, densamente extranjerizado, puede ser la Babilonia incomparable, la capital del futuro reino de Israel.

Ni Nueva York, ni Varsovia, podrían disputarle el honor de ser la cuna o la metrópoli del Anticristo.

Nuestros judíos no creen, seguramente, en el Mesías, pero sí en la misión mesiánica de Israel, que un día tendrá a todas las naciones a sus pies.

Nadie como el judío está armado para esta conquista universal, que no se realizará por la espada, sino por el oro, el arma de los tiempos modernos.

En muchos pueblos se está librando ya la gran batalla financiera, que primero conduce a la crisis, luego a la guerra y, finalmente, a la revolución.

El judío la fomenta, la dirige, la subvenciona, y cuando ha hecho tabla rasa del estado cristiano, la sofoca y se instala en el Capitolio vacío, a gobernar bajo la inspiración del Kahal, precursor del Anticristo.

La revolución rusa es un ejemplo actual y completo.

Y ésta es la razón por la que en todos los pueblos, el grito contra el que se ha levantado constante y enérgicamente la voz de los Papas: "¡muera el judío!" haya querido ser sinónimo de "¡viva la Patria!"

Porque dos nacionalismos no pueden coexistir en la misma nación.

*Buenos Aires, 22 de abril de 1935.*

## ÍNDICE

1. **Hace 30 años no había antisemitismo en la Argentina.**  
Primeros antisemitas, los Faraones de Egipto. — El antisemitismo no es producto del cristianismo 5
2. **Israel ha sobrevivido a la persecución.**  
Doble enigma: su vitalidad y el odio universal que lo persigue. — El judío es, patriota y nómada. — Añora la patria, pero no quiere volver a ella. — “Esdras se llevó el afrecho”, dice el Talmud. — Fracaso de la restauración de Palestina. — La patria real del judío es el mundo. — Está cómodo en todas partes, pero no es asimilado en ninguna 10
3. **Espíritu del Talmud: orgullo y astucia.**  
El Talmud ha suplantado a la Biblia. — Los rabinos mataron a los profetas. — Maimónides, ejemplo de astucia. — El gobierno judío es una sociedad secreta. — El Kahal. — Misterio ambulante 20
4. **El becerro de oro.**  
¡Israel, he aquí tu Dios! — ¿Ironía del texto sagrado? ¿Profecía? — El judío no es productor. — Un texto del Talmud sobre la agricultura. — El oro, única riqueza 26
5. **Buenos Aires, futura Babilonia.**  
Una doctrina económica que es una trampa judaica. — “Se compra oro”. — Esta crisis, vasta maniobra de los financistas judíos. — La crisis prepara la revolución. — El judío es revolucionario. — La Argentina lo atrae especialmente. — La apatía criolla 30